

Introducción a la edición en portugués del libro de Víctor Raúl Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo* (México, 1956)

HAYA DE LA TORRE, O LA ADAPTACION DEL SOCIALISMO AL ESPACIO TIEMPO AMERICANO

Torcuato S. Di Tella

Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) fue uno de los pensadores políticos más originales, y al mismo tiempo influyentes, en América Latina. Creador del Partido Aprista Peruano, pensó que éste podría ser uno de un conjunto de movimientos de ese tipo en otros países del continente. De esa manera se sentarían las bases de una nueva Internacional, reformista y popular. En esto tuvo sólo éxito parcial. Esa Internacional nunca se constituyó, pero se crearon otros partidos de estructura parecida, en parte influidos por sus ideas, como Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, y la rama gaitanista del Liberalismo colombiano. Algo más lejanos, se puede incluir al Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia y al Febrerismo del Paraguay, y detectar influencias en el Socialismo chileno y en el Radicalismo argentino.

Proveniente de una familia tradicional de Trujillo, la capital azucarera del Norte peruano, que experimentaba un decidido descenso social, Haya de la Torre estudió en Lima y se incorporó al activismo estudiantil, siguiendo la inspiración de la Reforma Universitaria argentina de 1918, que planteó no sólo cambios educativos, sino la necesidad de que los estudiantes se involucraran en la acción reivindicativa de las masas.

Las condiciones para movimientos de este tipo no eran propicias en el Perú, que entre 1919 y 1930 pasaba por la dictadura desarrollista de Augusto Leguía ("el Oncenio"), que lo forzó a exiliarse en 1924. Decidió entonces realizar estudios de antropología en la Universidad de Oxford, pasando antes por México, donde quedó impactado por la experiencia de la Revolución Mexicana. Era el final del gobierno de Obregón, con un sinnúmero de iniciativas de orden económico, social y cultural. Parecía que se había encontrado ahí una fórmula autóctona, basada en la propia tradición de lucha política de las masas, a diferencia de la tendencia de las elites intelectuales a imitar los modelos europeos, de tipo liberal o socialista. Haya de la Torre pensaba que en el resto del continente se podía emular un modelo generado en la propia región. Además, la estructura social del Perú era bastante parecida a la de México, aunque con menor desarrollo económico y una historia algo menos violenta.

Haya formó en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). A diferencia de las Internacionales de origen europeo, el nuevo movimiento se basaría en una alianza multclasista con apoyo obrero y campesino pero, dada la debilidad de esas clases, bajo la dirección de un tercer componente, la clase media. Ésta, en América Latina, a diferencia de Europa, era parte de los sectores desposeídos y no furgón de cola de los dominantes. Así, al menos, lo veía Haya, y lo elaboró en libros que fue desarrollando a partir de los años treinta, cuando pudo volver a su patria por un breve periodo de democracia para organizar la sección peruana del aprismo, o Partido del Pueblo.¹

En el pensamiento de Haya se nota una fuerte influencia del marxismo, mezclada con elementos fabianos socialdemócratas absorbidos durante su larga estadía en Gran Bretaña como

¹. Luis A. Sánchez, *Haya de la Torre y el Apra*, Santiago de Chile, Pacífico, 1955; Felipe Cossío del Pomar, *Haya de la Torre, el indoamericano*, 2a ed., Lima, Nuevo Día, 1946; Eugenio Chang Rodríguez, *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*, México, Studium, 1957; Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, 4a ed., Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1987; Carol Graham, *Peru's Apra: parties, politics and the elusive quest for democracy*, Boulder, Lynne Rienner, 1992.

estudiante en Oxford. Según contaba a sus amigos y discípulos, no perdía ocasión para ir a Londres a instalarse en la barra de la Cámara de los Comunes, observando la increíble esgrima de los líderes partidistas del único Parlamento que funcionaba en el mundo. Influenciado por el ambiente intelectual ecléctico de la isla argumentaba, en polémica con el leninismo, que aunque en los países de alto desarrollo se podía pensar en un partido (revolucionario o reformista) de la clase obrera, ello era imposible en regiones apenas tocadas por la industrialización.

¿Lo que estaba sobre el tapete, se podría argumentar, era entonces una "revolución burguesa"? No exactamente, porque tampoco la burguesía, excesivamente enfeudada al imperialismo, tenía en estos parajes la suficiente fuerza para intentar su acceso al poder. Lo que se precisaba era crear un instrumento político nuevo, equivalente al que en Rusia había forjado Lenin, pero bajo condiciones diversas. Una alianza de las masas desposeídas, dirigidas por la clase media, tenía posibilidades de acceder al Estado, y desde ahí, con fuerte gestión planificadora e intervencionista, dirigir el crecimiento económico y las reformas sociales, que incluirían, como en México, reforma agraria, industrialización y seguridad social.

Pero el programa económico debería tener en cuenta algunos de los enfoques clásicos de Marx, o aún del Lenin autor del *Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, más que de la práctica del líder soviético. Esos planteos teóricos hacían prever la imposibilidad de construir el socialismo en ausencia de un intenso desarrollo capitalista. Si ese desarrollo capitalista no existía, sólo podía efectuarse una revolución burguesa, nunca una socialista. Pero la burguesía, en países periféricos, no tenía suficiente capacidad de acceso al poder, y temía agitar a las masas para no verse superada por ellas. Por eso Lenin argumentaba que sería preciso hacerle su trabajo, reemplazándola en su rol histórico, cobrándole, claro está, un precio bastante alto, que en la experiencia soviética terminó resultando confiscatorio.

La elite revolucionaria, que para Lenin debía formar la dirigencia del partido, reclutada en no importaba qué ambientes sociales, ejercería el poder de manera provisoria, sin constituirse en clase, dando tiempo a los sectores obreros para madurar, y haciendo trabajar a la burguesía en lo que ella sabía, que era la producción de bienes y servicios. La burguesía seguiría siendo propietaria, ejerciendo por lo tanto gran parte del poder social, pero no el político. Este difícil equilibrio resultó imposible en la Unión Soviética, y finalmente la burguesía fue desposeída, mientras que el partido se transformó, de manera no prevista por la teoría pero sí por sus críticos, en núcleo de una nueva clase dominante, la burocracia estatal.

Para Haya, en cambio, era necesario actuar de manera más explícita como alianza de tres clases, incluyendo a la clase media más que a la burguesía -- aunque los límites no son claros entre ambas -- y robusteciendo al conjunto con el poder estatal. Para acelerar el desarrollo económico era preciso aceptar la participación del capital extranjero, pero a él no se lo podría obligar a trabajar bajo amenaza, como pensaba hacerlo Lenin en Rusia. Ciertamente es que Haya decía que tanta necesidad tienen los plutócratas internacionales de invertir sus capitales en las zonas de la periferia, como éstas de recibirlo. Pero llegar a un acuerdo de convivencia con tamaños pescados gordos no sería fácil.

Haya planteaba lo que él llamaba el *Estado de los Cuatro Poderes*, como forma de aunar esfuerzos para estimular el desarrollo económico. El Cuarto Poder sería el económico, y se expresaría en una cámara corporativa, con representación "cualitativa" del Capital y el Trabajo, aparte de otros sectores de la cultura, o instituciones como las Fuerzas Armadas o la Iglesia. Debería también incluir al capital extranjero, porque en los países de la Periferia el imperialismo es la primera etapa del capitalismo, no la última, como señalara Lenin.² Era mejor tener a todos

². Haya de la Torre quiso dar respaldo científico a su afirmación de que el contexto social en los países de la Periferia es radicalmente distinto al de los países centrales, y en un momento no demasiado feliz sugirió una vinculación con el concepto de *espacio tiempo* de la teoría de la relatividad einsteiniana. Esta metáfora no debe ser tomada demasiado en serio, estando más bien destinada al consumo de una intelectualidad semiinstruida, necesitada de ideas-fuerza impactantes. De todos modos, le ha valido críticas muy serias de intelectuales que, en cambio, encaran sin predisposición irónica los silogismos de la dialéctica hegeliana.

estos grupos adentro que afuera, o sea, legitimizar en un órgano constitucional la influencia que de todos modos se las arreglaban para ejercer. Así estarían más controlados, y se crearía un ambiente propicio para el diálogo y los pactos. En cierto sentido, de esta manera se compensaba la ausencia de un partido conservador con suficiente fuerza electoral; también se le aseguraba a los sindicatos una bancada propia.³

Era preciso, además, tener un partido bien organizado, con militantes disciplinados, y una figura carismática a su frente, la cual constituía la única forma de liderazgo comprensible para la mayoría del pueblo. Identificaba al tipo de nacionalismo que propugnaba como *Indoamericano*, refiriéndose al antiguo término español de *Indias Occidentales*, evitando el término *Latino* que obviamente no se le aplicaba a gran parte de la población del continente. El aprismo intentó llegar a las masas indígenas, pero en la práctica no le era fácil a sus militantes de clase media o cholos costeños el acceder a ese tipo de población, que vivía en lugares alejados y desconociendo el español.⁴

En alguna medida Haya de la Torre recibió el impacto de la movilización de masas que ya Hitler estaba realizando a fin de la década del veinte en Alemania. Sin tener ninguna simpatía por el fascismo, llegó sin embargo a la conclusión de que bajo ciertas condiciones sociales la conjunción de un líder especialmente dotado, con una masa que busca soluciones mesiánicas, puede constituirse en una fuerza arrasadora. ¿Podría él mismo cumplir ese rol, en otro "espacio tiempo" socio cultural, y con una ideología completamente distinta?

De hecho, tanto Haya como su temprano colaborador y luego rival, el marxista José Carlos Mariátegui (1894-1930), fundaron religiones políticas en el Perú, creando fuerzas sociales cuyo poder radicaba precisamente en su capacidad de generar esos sentimientos de mesianismo colectivo. Esto tenía poco que ver con las doctrinas marxistas o evolucionistas socialdemócratas que predicaban. Cuando Haya criticaba a los marxistas latinoamericanos por proponer una revolución basada en la clase obrera se equivocaba respecto a la práctica -- dejando las ideas aparte -- de sus adversarios. Sus observaciones se aplicaban más a los socialdemócratas que a los comunistas, pues éstos, a pesar de sus declaraciones clasistas, de hecho centraban su práctica en la formación de una elite de origen no necesariamente obrero. Esa elite, férreamente disciplinada, debía construirse mediante métodos y experiencias que trascendían completamente el arsenal teórico de Karl Marx. Haya de la Torre, por su parte, se concentró en producir la mística de cuya necesidad hablaba, a través del culto de la personalidad, lo que implicaba una mutación en el tradicional caudillismo de la región.

La polémica con Mariátegui y el marxismo

Al mismo tiempo que se difundía el aprismo, no sólo en el Perú sino en el resto del continente, durante los años veinte y treinta, otros sectores de la intelligentsia preferían adoptar la nueva variante del marxismo que se inspiraba en la experiencia soviética. José Carlos Mariátegui fue el principal representante de esta corriente, que en su caso implicó un esfuerzo por adaptarse a las condiciones locales, especialmente al reconocer al problema indio como el número uno en el Perú y otros países andinos. Esta fue la principal contribución de sus influyentes *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Rechazando todo tipo de explicaciones raciales o culturales, e influenciado por los trabajos del antropólogo Luis E.

³. Este elemento corporativista en el pensamiento de Haya de la Torre no debe asignarse a influencias fascistas, sino a otras previas, de raíz liberal, que se pueden rastrear desde Herbert Spencer a Émile Durkheim, sin excluir a John Stuart Mill.

⁴. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Obras completas*, 7 vols., Lima, García Baca, 1976-1977. Una buena síntesis se encuentra en su libro *Treinta años de aprismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956. Ver también Harry Kantor, *Ideología y programa del movimiento aprista*, México, Humanismo, 1955; Robert Alexander, comp., *Aprismo: The Ideas and Doctrines of Víctor Raúl Haya de la Torre*, Kent, Ohio, Kent State University Press, 1973; Thomas M. Davies y Víctor Villanueva, comps., *Trescientos documentos para la historia del Apra*, Lima, Horizonte, 1978.

Valcárcel y su *Grupo Resurgimiento* basado en el Cuzco, afirmaba que el latifundismo era el principal responsable por la miserable condición de la población aborigen.

Muchos marxistas, aunque solidarios con las masas indias explotadas, no creían que ellas podían ser transformadas en una palanca de cambio. Según ellos era necesario esperar a que el capitalismo se desarrollara, o bien a que fuerzas revolucionarias prendieran en la clase obrera urbana; una excesiva concentración entre los indígenas podría llevar al *populismo* -- palabra maldita -- condenable tanto en su vieja versión rusa como en otra local. Mariátegui, en cambio, pensaba que la población autóctona podría ser adecuadamente dirigida y estimulada a la acción por una elite dedicada. Para ello era más necesario un sentido heroico de la vida, que un culto del determinismo económico. Al determinismo se lo veía como una característica de la despreciada socialdemocracia, más que de un marxismo bien entendido.⁵

En la transición a una sociedad socialista había que basarse en los hábitos colectivistas de los indios. "El comunismo inkaico, que no puede ser negado ni disminuido por haberse desenvuelto bajo [un] régimen autocrático" proveería las bases para futuras instituciones, y estimularía la imaginación, para formar, junto al socialismo, un poderoso mito, equivalente a una religión.⁶ Desgraciadamente, la lucha contra el feudalismo no podía basarse en la burguesía, debido a la debilidad de esta clase en la realidad latinoamericana, y sobre todo peruana.

Habiendo vivido varios años en Italia como periodista, Mariátegui adquirió un conocimiento de primera mano de la política y de las ideologías de su tiempo, tomando libremente de fuentes marxistas así como del pensamiento de Benedetto Croce, Henri Bergson y Georges Sorel. El mecanicismo evolucionista de la Segunda Internacional debía ser reemplazado, en su visión, por una interpretación más adecuada de cómo ocurre el cambio social, que diera su lugar a la voluntad humana. Sorel con sus *Consideraciones sobre la Violencia*, había sido el primer genuino revisionista científico del corpus marxista, al señalar el rol del voluntarismo y de la creencia en un mito de naturaleza semirreligiosa. La práctica leninista, y la experiencia de la Unión Soviética, demostraban la importancia que podía llegar a tener una elite: aún cuando allá no había en un principio una aristocracia privilegiada en el campo revolucionario, ciertamente existía una elite, dedicada a implementar las transformaciones sociales en curso. En cambio, las revoluciones en Alemania e Italia habían fracasado porque, aunque las masas estaban preparadas, la elite había fallado, al retener la mayor parte de sus integrantes sus antiguos hábitos reformistas.⁷

Desde la Derecha -- o el Centro -- no tardó en llegar una respuesta a estos planteos. El escritor católico Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966), en su obra *La realidad nacional* (1930), que en la práctica es un largo comentario a los *Siete Ensayos*, señalaba la dificultad de organizar la producción si se llevaba a cabo una radical expropiación agraria. Los peones de la Sierra, o los obreros de las plantaciones capitalistas costeñas, no podrían dirigir las empresas socializadas sin capital o tecnología, que, suponía, sólo podían ser provistas por los capitalistas.

Mariátegui, consciente de esta crítica, había señalado repetidamente que para desempeñar esas funciones se necesitaba una elite, aún cuando sin detallar sus características. Pero no quedaba claro cómo se formaría ese grupo dirigente en cantidad suficiente para desempeñar las nuevas tareas administrativas. Los apristas respondían a esa objeción a través

⁵. "Sentido heroico y creador del socialismo", en *Defensa del Marxismo*, 11a. ed., Lima, *Amauta*, 1981, pp. 71-74. Este libro, publicado póstumamente, se basa en una serie de artículos escritos en la prensa limeña al final de la década de 1920, y reproducidos en su revista *Amauta*.

⁶. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 45a ed., Lima, *Amauta*, 1982, p. 54.

⁷. "Henri de Man y la 'crisis' del Marxismo", *Defensa del marxismo*, pp. 19-23; "El problema de las elites", *Variedades*, Lima, enero 7, 1928, reproducido en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, 7a ed., Lima, *Amauta*, 1981, pp. 48-53.

de incluir a las clases medias en la coalición revolucionaria. Mariátegui, en algunos momentos, no negaba la necesidad de establecer, temporariamente, una más amplia coalición, pero debería ser sólo eso, no una fusión, como quería Haya. Esto generó una ruptura en la relación entre ambos, que había sido de colaboración en los primeros momentos del lanzamiento del APRA. Mariátegui formó entonces el Partido Socialista, que debería ser una organización obrera y campesina, y que poco después de su muerte (1930) se convirtió en Comunista. Mariátegui, aunque solidario con la Tercera Internacional, prefería un movimiento más autónomo. Sus ideas fueron prontamente denunciadas como pequeño burguesas y populistas, aunque su imagen fue luego, desde los años cincuenta, rehabilitada por los teóricos soviéticos.

El debate entre el aprismo y el marxismo latinoamericanos fue muy central para el pensamiento de la izquierda desde los años treinta a la Segunda Guerra Mundial. Haya argumentaba que tratar de construir un partido revolucionario sobre la base de la clase obrera - como lo proclamaba tanto la *teoría* comunista como la socialdemócrata -- era sólo realista en países con un alto nivel de desarrollo, pero no en América Latina. Se dio un cierto *quid pro quo* en este debate, porque las críticas de Haya de la Torre se aplicaban más a la teoría que a la *práctica* comunista, pues ni Rusia ni China llenaban los requisitos de alto desarrollo planteados por el marxismo, ni tampoco tenían una numerosa y fuerte clase obrera. El hecho era que el leninismo ya había adaptado la teoría marxista, para adecuarse a las condiciones de los países de la periferia, aún cuando sin ser tan explícito al respecto como Haya de la Torre. El partido de Lenin era una amalgama de obreros, campesinos y miembros rebeldes de las clases medias en crisis, estos últimos libres -- se suponía -- de determinación clasista, pero en la práctica equivalentes a la tercera pata de Haya de la Torre. En fin de cuentas, tanto el aprismo como la variante leninista del marxismo se convirtieron en una especie de segunda naturaleza mental y emocional para una gran parte de la intelligentsia insegura, ansiosa y *déclassée* de la región.

El concepto de populismo

El concepto de *populismo*, bestia negra de los análisis de Lenin, y aún hoy usado ampliamente como sinónimo de desgobierno, tiene una larga tradición que data de hace más de un siglo, para referirse a movimientos políticos de fuerte apoyo popular, pero sin una ideología socialista. En un libro publicado en 1969 Ernest Gellner y Ghita Ionescu juntaron una serie de ensayos dedicados a caracterizar a este tipo de movimientos.⁸ En ese volumen se hacía una breve referencia a los "populismos" norteamericano y ruso del siglo XIX, que a pesar de ser designados con ese nombre eran realmente una cosa bastante distinta de la que más recientemente ha recibido ese nombre, y que se ha difundido desde los años de entreguerras.

Es preciso entonces aclarar un poco el significado del término, que se ha usado en demasiadas formas distintas, incluso para designar a políticos conservadores que apelan a los sentimientos o los prejuicios populares, aunque por otra parte son incuestionablemente parte del Establishment, como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, o más cerca nuestro Fernando Collor de Melo. Aunque no es cuestión de discutir por palabras, este uso excesivamente amplio del término no es útil, porque puede ser aplicado prácticamente a cualquier dirigente capaz de ganar una elección.

Por otro lado, al fascismo, aunque en general muy hábil en movilizar a las masas -- o a cierto tipo de masas -- es mejor colocarlo en otra categoría, aunque tenga puntos de contacto con el populismo. Este último concepto debe emplearse para expresiones políticas que tienen la capacidad de estimular a la acción a masas con poca organización autónoma, lanzándolas *contra los privilegios de las clases más acomodadas*, aún cuando un sector de las elites se les pliega, o aún contribuye a dirigitaslas.⁹

⁸. Ernest Gellner y Ghita Ionescu, comps, *El populismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970; David Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago, Chicago University Press, 1965.

⁹. En este sentido es preciso decir que cuando Collor embestía contra los privilegios y "mordomías" de los altos funcionarios estatales, estaba desviando la atención de los verdaderos privilegiados, acerca de los cuales no hablaba. Por eso es que, a diferencia del Vargas trabalhista, o un Goulart o un Brizola, no se

Los casos mejor conocidos vienen de América Latina, especialmente en la Argentina (peronismo), Brasil (varguismo), Bolivia (Movimiento Nacionalista Revolucionario) y México (los herederos de la Revolución, especialmente el Gral Cárdenas en los años treinta), con una variante más liberal o democrática en Perú (Aprismo) y en Venezuela (Acción Democrática). En Cuba Fulgencio Batista fue otro practicante temprano, y sin duda Fidel Castro es una expresión del mismo tipo de relación entre líder y seguidores, basada en un vínculo carismático más que en consideraciones ideológicas.¹⁰

Sin embargo, no todos los países han tenido fenómenos duraderos de este tipo, siendo Chile y Uruguay las excepciones más notables. Por otra parte, Brasil, tierra clásica del populismo, ha visto casi desaparecer al varguismo (salvo en su versión brizolista), reemplazado por una serie de movimientos conservadores y centristas, a menudo regionales, y por un fenómeno nuevo, el radicalmente izquierdista Partido dos Trabalhadores (PT).

El populismo tiende a tomar el lugar de lo que sería un movimiento laborista o socialdemócrata -- o de un partido como el Demócrata norteamericano -- si las condiciones económicas y culturales estuvieran más maduras. En un país en desarrollo las tensiones sociales tienen gran tendencia a generar minorías insatisfechas, a menudo desesperadas, en las partes altas o medias de la pirámide, incluyendo en algunos casos al clero y a las Fuerzas Armadas. Su presencia muy estratégica en la coalición popular hace la diferencia con la pauta socialdemócrata o laborista. Esta heterogeneidad del populismo puede ser causa de divisiones, especialmente si las condiciones sociales llegaran a ser más parecidas aún cuando más no sea a las de ciertos países del Mediterráneo de hace dos o tres décadas. Pero es preferible por ahora no entrar en esa futurología.

En definitiva, entonces, es posible definir al populismo como un movimiento político

(i) basado en un sector popular movilizado pero aún no suficientemente organizado de manera autónoma,

(ii) dirigido por una elite enraizada en los escalones medios o altos de la sociedad pero antagonizada con la mayor parte de sus pares, y

(iii) unificados sus bastante heterogéneos componentes mediante un vínculo carismático y personalizado entre dirigentes y seguidores, basado en factores sociales y culturales típicos de la periferia (también presentes, aunque de manera distinta, en países del Primer Mundo, pero sólo en momentos de crisis agudas).

Según cómo operen estos factores, se tendrán diversos tipos de populismo, principalmente como consecuencia del tipo de elites anti status quo incorporadas.¹¹

Estas elites pueden estar ubicadas

(a) en las clases altas o medias altas, o grupos estrechamente ligados a ellas, como los militares y el clero; o bien

(b) en las bajas clases medias, incluyendo sectores de la intelligentsia.

Es preciso ser cuidadoso en detectar la composición social de la elite movilizadora, evitando autodescripciones de base ideológica. Por cierto que las revoluciones "socialistas" que de hecho han existido han tenido como componente esencial una dirigencia de origen no obrero. De hecho, el *¿Qué hacer?* de Lenin debería considerarse, leído con suficiente cuidado, como la

puede realmente ubicar a Collor como populista.

¹⁰. Michael L. Conniff, comp., *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1999.

¹¹. Para un primer análisis de este fenómeno ver mi artículo "Populismo y reforma en América Latina", en *Desarrollo Económico* 4, 16 (1965), incorporado en *Sociología de los procesos políticos*, Buenos Aires, Eudeba, 1986. Para enfoques alternativos, Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, New York, New Left Review, 1977, cap. 4; Robert Dix, "Populism: Authoritarian and Democratic", *Latin American Research Review* 20, 2 (1985); Emilio De Ippola, "Ruptura y continuidad: claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo", *Desarrollo Económico* 29, 115 (1989).

Biblia acerca de la necesidad de una tal elite bajo condiciones de relativo atraso.

Inicios del antagonismo entre militares y apristas

Para volver a la historia del aprismo, es preciso concentrarse en la coyuntura del año 1930, cuando la crisis económica creó condiciones para un golpe de Estado que terminó con la larga dictadura de Augusto Leguía, disidente de la más tradicional fuerza conservadora, el Civilismo. Los militares golpistas de 1930, dirigidos por el Coronel Luis Sánchez Cerro, intentaron perpetuarse en el poder mediante elecciones controladas. Sánchez Cerro, de origen modesto y marcadamente mestizo, tenía una buena imagen para ser líder popular, y lo intentó, basándose en la simpatía que generó al voltear a la dictadura. Formó una Unión Revolucionaria, claramente personalista, compitiendo con el otro partido más genuinamente populista, y de muy diferentes orígenes ideológicos, el aprismo.¹²

Los apristas sostienen que en las elecciones de 1931 ellos ganaron, y que el fraude les birló la victoria. El hecho es que planearon enseguida la insurrección, buscando algunos aliados militares. Conquistaron en 1932 copar la ciudad de Trujillo, centro azucarero norteño donde tenían un gran número de adherentes. Al ser rodeados por fuerzas militares superiores asesinaron a unos cuantos oficiales que tenían presos. La retribución, cuando a los pocos días las Fuerzas Armadas se adueñaron de la ciudad, fue terrible, con miles de militantes apristas llevados en camiones a ser fusilados y enterrados en tumbas cavadas por ellos mismos. Desde entonces el odio cerval entre apristas y militares ha dominado la historia del país por décadas.

La venganza no se hizo esperar, y en 1933 una bala aprista abatía a Sánchez Cerro. Su partido se desintegró, y su sucesor fue otro militar que mantuvo un sistema muy cerrado. Los apristas seguían intentando golpes de mano, con Haya de la Torre en general en el destierro, y muchos militantes presos. Luego otra bala tronchó la vida del director del diario conservador *El Comercio*, que desde entonces juró no referirse más a ese partido, ni siquiera en la sección policial.

En 1939, al tocar la renovación presidencial, se buscó una normalización constitucional, facilitándose la elección -- con el aprismo excluido -- de Manuel Prado (1939-1945), banquero y representante de la tradición civilista conservadora, que compensaba su falta de votos con su abundancia de pesos. La atmósfera de cooperación antifascista vigente durante la Segunda Guerra Mundial influyó para que este régimen introdujera un mayor respeto cívico, pero siempre sin permitir las actividades apristas, a pesar de que en esos mismos años Haya evolucionaba de manera asaz reformista y solidaria con el esfuerzo bélico aliado. El problema era saber qué iba a ocurrir al terminar el mandato de Prado.

El aprismo se había difundido fuertemente en el país, sobre todo en ciertos enclaves que concentraban a una mano de obra a menudo de reciente origen rural, pero que experimentaba serios enfrentamientos laborales. Éste era el caso sobre todo en el norte azucarero, donde se formaría con el tiempo el famoso "bastión aprista" de los departamentos de La Libertad y Lambayeque, centrados en la ciudad de Trujillo. Ahí un escaso número de grandes empresas, nacionales y extranjeras, habían desplazado a un preexistente estrato de pequeños y medianos productores, afectando incluso a miembros algo periféricos de las clases altas en decadencia, uno de los cuales era precisamente Haya de la Torre. Otra importante concentración, esta vez minera, de cobre, plomo y otros metales, se daba en Cerro de Pasco, localidad de los valles andinos centrales, en la llamada Sierra. Ahí una fuerte empresa extranjera generaba como oposición un temprano sindicalismo y un sentimiento antiimperialista. En el litoral Norte había también concentraciones debidas al petróleo, y en otras partes de la costa el algodón producía núcleos numerosos de mano de obra (aunque no comparables con los azucareros) y una presión proletarizante sobre antiguos propietarios, ocupantes o arrendatarios consuetudinarios, que de esta manera pasaban, no sin un intenso resentimiento, a engrosar las filas proletarias.

El sindicalismo había tenido un temprano desarrollo en la ciudad de Lima, ya desde mediados del siglo XIX, aunque con orientaciones moderadas mutualistas. El anarquismo comenzó a influenciar al movimiento obrero en la primera década de este siglo, y en 1919

¹². Orazio Ciccarelli, *The Sánchez Cerro regime in Peru, 1930-1933* (Microfilm, tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, Gainesville, 1969).

protagonizó dos huelgas generales. En cierto sentido, el Oncenio leguista fue una respuesta a esa amenaza de rebelión popular. Ahora era el aprismo el heredero de esas tradiciones rebeldes, y en buena medida pudo incorporar a la dirigencia anarquista que, muy enfrentada con el naciente comunismo, evolucionó en esa dirección. El aprismo, entonces, se convertía en expresión sintética de amplios sectores sindicales, más núcleos intelectuales universitarios, y militantes de una clase media provinciana muy endeble, que resentía los efectos del capitalismo tanto local como internacional, con el cual no podía competir.¹³

El Partido Comunista, de fiel observancia pero con poco respaldo popular, utilizó en su lucha contra el aprismo las más diversas estrategias. Aprovechó las mayores garantías constitucionales existentes durante el gobierno conservador de Prado (1939-1945), lo que le permitió formar núcleos sindicales abrigados de la competencia aprista. Su entusiasmo por el mandatario conservador que aparentemente conducía al país hacia la redemocratización lo llevó incluso a bautizarlo con el exagerado y en el fondo inmerecido nombre de "Stalin peruano".

Las complejas estrategias en la lucha contra la dictadura y la proscripción

Al final Manuel Prado otorgó elecciones libres en 1945, pero de nuevo sin permitir la participación del Partido Aprista, visto como una mera secta criminal. Haya decidió entonces dar la orden de votar por un candidato progresista de centro, José Luis Bustamante y Rivero, que de esa manera llegó a la presidencia. Los apristas, que en parte entraron a la Cámara bajo las siglas de sus aliados, consiguieron formar el mayor grupo de diputados, dirigidos desde la sombra por su líder ya retornado al país, y que había evolucionado en sentido moderado, decidido a cooperar con los sectores progresistas de los Estados Unidos, especialmente los sindicatos y el ala izquierda del Partido Demócrata.

Pero la alianza con Bustamante no duró mucho. Las tradiciones rebeldes del Apra se impusieron, a pesar de las nuevas actitudes promovidas por Haya, y fueron responsables de olas de huelgas, y de intentos subversivos, de los cuales uno basado en marineros apostados en el Callao. La reacción gubernamental se hizo sentir enseguida, con una ilegalización del Apra, y al poco tiempo las Fuerzas Armadas intervinieron, dirigidas por el Gral Manuel Odría (1948-1956).

Odría, inspirado en modelos falangistas, tuvo el apoyo de la Derecha nacional e internacional, y se benefició de una época de prosperidad, que le permitió intentar políticas sociales. La ciudad de Lima y otros centros urbanos crecieron, albergando a una numerosa población que se hacinaba en barrios marginales. La construcción de viviendas en esas zonas, aunque insuficiente, permitió a Odría gozar de una cierta popularidad. Al comienzo de los años cincuenta quiso emular el proceso argentino, en un contexto continental donde se daba el retorno, en vestes populistas y democráticas, de antiguos dictadores como Vargas e Ibáñez. Pero las condiciones del país eran distintas, entre otras cosas porque ya existía un populismo fuertemente arraigado, el Apra, que no estaba dispuesto a colaborar con él.

Odría no consiguió en medida suficiente el apoyo popular, pero con los amagues que hizo amedrentó a la Derecha, que súbitamente redescubrió sus convicciones democráticas (siempre que no llevaran a una victoria aprista). Es así como hacia 1956 las presiones provenientes de diversos sectores de la sociedad, incluyendo una buena parte de la opinión norteamericana que deseaba ver al continente libre de dictadores impresentables, forzaron a convocar una elección. Esta debía ser competitiva y libre, aunque, claro está, sin los apristas.

La Derecha se presentaba de nuevo con Manuel Prado, de buenos antecedentes, aunque siempre sin votos. En la Izquierda había varios pequeños partidos sin mucho peso. El gran vacío era el creado por la ausencia del Apra. ¿Quién podría ocuparlo? Odría pensaba que él, o su sucesor delegado (porque él había aceptado no candidatearse) podría conseguir un buen sector de votos populares, especialmente en las afueras de Lima, lo que sólo de manera muy parcial

¹³. Peter Klarén, *Las haciendas azucareras y los orígenes del APRA*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1970; Michael J. Gonzales, *Plantation Agriculture and Social Control on Northern Peru, 1875-1933*, Austin, University of Texas Press, 1985; Imelda Vega Centeno, *Aprismo popular: mito, cultura e historia*, Lima, Tarea, 1986 e *Ideología y cultura en el aprismo popular*, Lima, Tarea, 1986.

ocurrió. La nueva estrella que se levantaba en esos momentos era la del Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, que formó un nuevo partido, Acción Popular, con características que lo asemejaban a la Democracia Cristiana, con mucho apoyo de sectores profesionales acomodados con responsabilidad social. Lanzó un programa para reemplazar al Apra, procurando canalizar ese electorado hacia el posibilismo que representaba su candidatura.

Ante esta situación, se esperaba que el Apra apoyara a Belaúnde. No ocurrió así, sin embargo. El argumento dado por Haya era que si los votos apristas daban la victoria a Belaúnde, un hombre sin estructura partidaria propia, se volvería a dar la situación de 1945-1948, en que bajo el manto del débil Bustamante y Rivero se ocultaba el lobo aprista, generando los consiguientes miedos y el peligro de desestabilización. Para hacer respetar el veredicto de las urnas era mejor combinar votos con dineros, y por lo tanto dio la orden de votar por Prado, en cuyas listas se incluirían algunos diputados apristas. Con esto esperaba dividir el campo de sus enemigos, formados por las clases altas conservadoras y por los militares. Para terminar con el predominio de las Fuerzas Armadas había que aliarse con la derecha económica, bajo su faz liberal; algo así como la lucha, durante la Segunda Guerra Mundial, de derechas e izquierdas aliadas contra el fascismo.

La estrategia aprista fue muy criticada en ambientes de izquierda, y en el propio partido, que en consecuencia sufrió escisiones, formándose un Apra Rebelde que luego se transformó en guerrilla. Pero Prado ganó la elección, los apristas consiguieron no sólo diputaciones sino muchas intendencias municipales, que en aquella época eran designadas por el gobierno central, y robustecieron su influencia en los sindicatos ante el calor oficial. El precio de esta Convivencia era, para el Apra, desprenderse de su izquierda más extrema, y para la Derecha, aceptar el fin del fantasma aprista, y tolerar su llegada a la presidencia en la siguiente renovación, planteada para 1962.¹⁴

De la Convivencia a la Revolución Peruana

Al finalizar en el Perú la segunda presidencia de Manuel Prado (1956-1962), se realizaron finalmente elecciones libres, con el resultado de una victoria aprista, aunque por escaso margen, contra Belaúnde Terry, y con Odría en tercer lugar. La animadversión contra el Apra era aún muy fuerte en la Derecha y en las Fuerzas Armadas. Por otra parte, se había difundido una guerrilla persistente, alimentada con disidentes apristas y con grupos de orientación marxista. Los militares, ante el nuevo panorama político, que amenazaba una mayor desestabilización, decidieron intervenir, alegando abusos electorales por parte del gobierno saliente a favor de Haya de la Torre.

El nuevo régimen militar, dirigido por una Junta, fue breve, dentro de la estrategia que Alfred Stepan ha llamado *moderadora*, o sea que sólo se propone compensar algunas "malfunciones" del sistema electoral, para enseguida devolver el poder a los políticos, preferentemente a un grupo más sensible a las exigencias del sistema de acumulación de capital. Esto es lo que ocurrió: al año de haber tomado el poder, ya se celebraban elecciones, esta vez sin las presiones oficiales pro apristas, o con otras ejercidas en sentido contrario, llevando a un ajustado triunfo de la Acción Popular de Belaúnde sobre el Apra, y con Odría siempre en un tercer lugar no demasiado lejano. En el nuevo Congreso el Apra intentó todas las posibles tácticas para robustecer su situación y hacerle la vida imposible a Belaúnde, inclusive el aliarse con su antiguo enemigo Odría, cuya Unión Nacional Odriísta, de todos modos, no sobrevivió por mucho tiempo.¹⁵

Durante el breve período de intervención militar se habían oído rumores acerca de un

¹⁴. Francisco Miró Quesada, *La ideología de Acción Popular*, Lima, Tipografía Santa Rosa, 1964; Carlos Valenzuela, *Frustraciones y realidades políticas en América Latina: del APRA al MNR*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1961; Víctor Villanueva, *La tragedia de un pueblo y un partido*, Santiago, 1954.

¹⁵. François Bourricaud, *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967; José Matos Mar, *Yanaconaje y reforma agraria en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1976.

presunto nasserismo en el seno de los uniformados. Esta corriente, originada en los sectores dedicados a la Inteligencia en el ejército, buscaba desarrollar una estrategia de amplias perspectivas contra la subversión. La idea a la que se llegó fue que era necesario introducir profundas reformas en la sociedad peruana, para evitar que ella generara constantemente nuevas bandas de guerrilleros, que emergían de las entrañas de la tierra después de cada operación exitosa de represión armada. Vistas las cosas así, tan peligrosos como los guerrilleros, para la mantención del orden social existente, eran sus propios beneficiarios, enceguecidos por sus intereses inmediatos. Por otra parte, para poder realizar con tranquilidad las reformas necesarias, había que suspender *sine die* el accionar de los partidos y la competencia electoral. Los militares, de las más diversas graduaciones, en su lucha contra la guerrilla habían tenido que ponerse en contacto con el país real, y habían descubierto las inmensas lacras de que estaba plagado, llegando incluso a comprender algunas de las preocupaciones de los subversivos, si no a compartirlas. Así, al menos, se decía en los ambientes politizados de la época, y es probable que hubiera bastante de cierto en esos análisis.

En 1968, cuando sólo faltaba un año para la terminación del período de Belaúnde, se preveía una casi segura victoria aprista, debida al deterioro del gobierno de Acción Popular. Los militares, que no estaban dispuestos a aceptar esa eventualidad, aprovecharon, como excusa para el golpe, un escándalo ligado a una concesión petrolera. Era necesario intervenir un poco antes y no un poco después de la previsible victoria aprista, para evitar el consiguiente papelón.

El nuevo régimen de la autodenominada Revolución Peruana (1968-1979) fue dirigido por el Gral Manuel Velasco Alvarado, que sin duda era uno de los que más genuinamente creían en el nuevo enfoque. Se introdujeron muchos elementos de lo más radical de la plataforma aprista, tomando incluso de los partidos de izquierda. Se obtuvo el apoyo de una buena parte de la intelligentsia, y de algunos dirigentes apristas que veían la oportunidad de realizar una buena parte de su programa, aún cuando bajo un régimen dictatorial, uno de cuyos objetivos, sin embargo, y no el menor de ellos, era destruir la fuerza del propio Partido Aprista.

El gobierno de la Revolución Peruana terminó con los latifundios de la sierra, en general arcaicos, poniéndolos en manos de comunidades agrarias. También expropió las eficientes empresas azucareras del Norte, convirtiéndolas en cooperativas con control estatal. En este caso, el objetivo era claramente debilitar al tradicional bastión aprista del azúcar, demostrando que sus trabajadores ganarían más con el nuevo gobierno que con una inútil lealtad a sus viejas banderas. Importantes explotaciones mineras extranjeras pasaron también a propiedad pública, y se inició una reforma industrial por la cual las empresas debían adjudicar un porcentaje de sus ganancias a crear un fondo de acciones de propiedad del personal, hasta un 49% del total.

El Estado también se apropió de todos los diarios de circulación nacional, entregándoselos a cooperativas de periodistas, o a entidades populares como la central sindical o la campesina. Se creó -- bajo dirección de un conocido ex militante aprista -- una entidad denominada Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) encargada de establecer conexiones con entidades populares de base, o crearlas donde no existieran, para que en diálogo con ellas se sustituyera el juego del Congreso y demás instituciones representativas del régimen liberal. Este último era visto como caduco e indefendible, actitud en la que los reformistas militares del gobierno coincidían con muchos análisis corrientes en la Izquierda y en el nacionalismo popular de aquellos días.

Lo significativo es que el gobierno no intentó formar un movimiento político propio, en parte por su ideología "anti partidocrática", pero más bien porque no consiguió hacer cuajar las iniciativas del SINAMOS en un movimiento más orgánico. La preexistencia de un fenómeno populista muy arraigado en su ambiente cultural, como el Apra, explica en parte este fracaso, que debe contrastarse con el éxito que en circunstancias semejantes tuvo el régimen militar de 1943-1946 en la Argentina, del que emergió Juan Domingo Perón con un gran séquito popular. Ciertamente es que las condiciones sociales de los dos países eran muy distintas, y en Perú no se estaba en presencia de años de vacas gordas como en la Argentina.

Los primeros años del régimen sin embargo fueron prósperos, y contaron con bastante opinión. Se podía pensar en una repetición, menos violenta, de la Revolución Mexicana, con un sistema político de movilización popular garantizando la acumulación de capital por parte de una nueva burguesía industrial, a expensas de los sectores feudales y de algunos inversores extranjeros. Sin embargo, el consenso nunca fue tan amplio como en el caso mexicano. Al final

la economía y el régimen entraron en crisis, ante la reticencia de los inversores, la dificultad de establecer la autoridad en las nuevas empresas con participación social, y la hostilidad de los sectores liberales de la opinión pública nacional e internacional, a lo que se agregó un desastre ecológico, que alejó de la costa a los peces que proveían de materia prima a una de las principales industrias del país.¹⁶

Es así que se llegó a elecciones para una Constituyente en 1978, en las que el aprismo sacó una mayoría, lo que hacía prever su pronto acceso al poder. Esa mayoría era en parte debida a la abstención de Acción Popular, descontenta con la forma de convocación de la Asamblea. Al final, las elecciones presidenciales de 1980 se realizaron sin la presencia de Haya de la Torre, recientemente fallecido, lo que indujo una crisis de sucesión y división en su partido. El que se impuso fue de nuevo Fernando Belaúnde Terry, quien esta vez pudo completar su periodo constitucional (1980-1985), con un Apra debilitada, y la presencia inquietante de un nuevo fenómeno, la Izquierda Unida, que agrupaba a una pléthora de partidos marxistas.

La Izquierda Unida, fuerte en sindicatos y sectores estudiantiles, se perfilaba como una seria contendiente del Apra por el apoyo popular. Paralelamente, de todos modos, se iba generando una guerrilla, Sendero Luminoso, de ideología mucho más extrema que la de los años sesenta, esta vez bajo advocación maoísta pero incorporando elementos del milenarismo incaico.¹⁷

El nuevo acceso a la primera magistratura de Belaúnde ayudó a facilitar la transición democrática. Una victoria de Izquierda Unida hubiera sido decididamente inaceptable para el Establishment cívico-militar. Incluso un gobierno aprista hubiera tensado excesivamente las relaciones, debido a los ancestrales odios existentes, aunque éstos habían disminuido mucho en la última década, ante el surgimiento de nuevos contendientes más radicalizados. El test se dio al terminar Belaúnde su período, habiendo perdido gran parte de su prestigio como no puede menos que ocurrir en un país con ingentes problemas económicos de muy difícil solución.

En los comicios el APRA se presentaba muy renovada, con el liderazgo carismático de Alan García, que había unificado al partido con un enfoque más de izquierda. Obtuvo de esa manera la máxima votación que el partido nunca había alcanzado, casi el 50% del total, flanqueado por una Izquierda Unida con poco más del 20%. Acción Popular quedó reducida al 8%, formando parte de un conjunto de centro-derecha en el cual el Partido Popular Cristiano tenía el principal rol. La función de transición de Acción Popular, y su posterior eclipse, se parecen a lo ocurrido en España a la Unión de Centro Democrático de Adolfo Suárez, dando tiempo para que las actitudes de los varios actores políticos se adaptaran a la perspectiva de un gobierno ejercido por el partido popular, de vuelta de sus antiguas tradiciones revolucionarias.

A pesar de las condiciones políticas favorables con que se inició su período, la gestión de Alan García no fue feliz. Pretendió mantenerse en la línea clásica de redistribución y estatismo favorecida por la ideología de su partido, lo que en las nuevas condiciones internacionales se hacía cada vez menos eficaz. Por otra parte, no pudo controlar la corrupción, y fue así perdiendo cada vez más apoyos.

Cuando se planteó la renovación presidencial en 1990, se había dado una importante mutación en el cuadro partidario nacional, aparte de lo que implicaba la presencia de la fuerte

¹⁶. Teobaldo Pinzas García, *La economía peruana, 1950-1978: un ensayo bibliográfico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981; Cynthia McClintock y Abraham Lowenthal, comps., *El gobierno militar: una experiencia peruana, 1968-1980*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1983; José Matos Mar et al, *Perú, hoy*, México, Siglo XXI, 1971; Vivián Trías, *Perú: Fuerzas Armadas y revolución*, Montevideo, Banda Oriental, 1971; Víctor Villanueva, *Nueva mentalidad militar en Perú*, Buenos Aires, Replanteo, 1969; Aníbal Quijano, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, Buenos Aires, Periferia, 1971; Oscar Delgado, *El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha*, México, Siglo XXI, 1972; Augusto Zimmermann Zavala, *Los últimos días del General Velasco: quién recoge la bandera?*, Lima, Talleres Humboldt, 1978.

¹⁷. Gustavo Gorriti Ellenbogen, *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima, Apoyo, 1990.

guerrilla de Sendero Luminoso. La Derecha siempre había sido débil en votos en el país. Ahora ella tuvo un nuevo aporte, en la persona del conocido escritor Mario Vargas Llosa, convertido al neoliberalismo. El partido que fundó, con amplio apoyo empresarial, denominado Movimiento Libertad, se coaligó con el Popular Cristiano y la muy debilitada Acción Popular del ex presidente Belaúnde Terry, y todo parecía augurarle un seguro triunfo, ante el desprestigio en que había caído el Apra. La Izquierda Unida, aunque prestigiada por el liderazgo del antiguo Alcalde de Lima, el popular Alfonso *Frijolito* Barrantes, no parecía ser candidata al primer lugar, aunque se convertía en un protagonista permanente de la escena política. Lo inesperado ocurrió, con la súbita aparición de la candidatura de Alberto Fujimori, un ingeniero con pocos antecedentes políticos, pero vocación tecnocrática. Propelido por la televisión al primer plano -- un poco como Collor en Brasil, o aún Perot en los Estados Unidos -- consiguió imponerse en las elecciones, aventajando a Vargas Llosa en el *ballottage*. El Apra y la Izquierda Unida quedaron muy reducidas en votos, golpeadas por los escándalos del presidente saliente, y por la caída del Muro de Berlín. Lo que había ocurrido era que gran parte del electorado aprista, y buena parte aún de su dirigencia, favoreció a Fujimori, como mal menor, para contrarrestar la casi segura victoria de la Derecha.

Fujimori, que no contaba con suficiente apoyo legislativo, se vio muy trabado en su gestión, mientras el deterioro económico y la guerrilla continuaban desbocados. Al final, no resistió a aplicar sus modelos tecnocráticos expeditivos a la política, y efectuó un autogolpe de Estado, disolviendo en 1992 al Congreso. Prometió de esta manera llevar a cabo su programa sin cortapisas, pero enfrentó serias resistencias de la opinión pública, y gestiones de la Organización de Estados Americanos. Prometió entonces volver a convocar elecciones para una Constituyente, cosa que se hizo y después de alguna turbulencia se retornó a la legalidad, con una nueva Carta Magna refrendada por referendun en 1993.

En cuanto a la reacción popular, y aún en medios intelectuales politizados, ella fue bastante favorable al autogolpe, pues los políticos y los partidos habían caído en un total descrédito. Por varios años Fujimori pareció realizar el milagro de combinar un sólido apoyo empresarial con una amplia simpatía popular. Su victoria en el referendun, y su reelección en 1995, parecían señalar ese camino, marcando la crisis definitiva del Apra. Sin embargo la posterior declinación en popularidad del presidente peruano podría señalar la naturaleza temporaria de la coalición que lo llevó y lo mantuvo en el poder. Está por verse si el aprismo es entonces capaz de resurgir de sus cenizas, o bien estará destinado a transvasar su caudal electoral y gran parte de su liderazgo hacia una nueva formulación más claramente socialdemócrata.